**La Guerra del Chaco como marcador identitario en Bolivia:**

**situación de los pueblos chaquenses**

Laura Destéfanis

(CONICET / Universidad de Buenos Aires)

El Gran Chaco sudamericano es un territorio en el que conviven diversos pueblos que aún resguardan aspectos del modo de vida ancestral, pese a la presión cada vez mayor que ejercen las empresas extractivistas en los cuatro Estados que tienen jurisdicción sobre la región: Argentina, Paraguay, Bolivia y Brasil. Esta región ocupa una posición periférica en el imaginario nacional e identitario de los cuatro países de los que forman parte. La Guerra del Chaco (1932-1935) que enfrentó a Bolivia y Paraguay en la disputa por el dominio de la zona boreal fue decisiva para los pueblos originarios de Gran Chaco, a la vez que el hito que disparó la gesta que revolucionó Bolivia pocos años más tarde. Este trabajo propone un recorrido por narrativas bolivianas y chaquenses (esto es, de los pueblos que habitaban la región bajo ninguna bandera) de corte realista y testimonial con el objetivo de analizar de qué modos aparece representada la experiencia trágica de la guerra y su correlato con el lugar que ocupa el Chaco en el ideario nacional boliviano.

1. **El imaginario nacional boliviano hacia los años treinta**

Una de las causas de la Guerra del Chaco (Molina 2022) fue el impedimento del Estado argentino en dar salida al petróleo boliviano por los puertos del río Paraná, cuestión que puso el foco de atención del gobierno de Bolivia en el río Paraguay. Hasta entonces, la burguesía boliviana no había presentado intereses fuertes en la región, a diferencia de la explotación taninera de capitales argentino-paraguayos. En cualquier caso, la guerra fue también y sobre todo “una campaña de ocupación militar del espacio indígena chaqueño” (Capdevila en Gómez Silgueira 2011). Una vez firmado el armisticio, la ocupación estatal persistió y dio lugar a la expropiación de tierras y recursos con la consecuente disgregación de los pueblos preexistentes.

 Para Bolivia, el Chaco no era un espacio vital para su subsistencia y no formaba parte del imaginario prioritario de nación (Anderson 1993), como tampoco las lenguas, culturas y habitantes autóctonos (Francovich 1956: 32-33). El presidente Salamanca vio en la defensa de la región una posibilidad de cohesionar intereses dispersos y convocar a la unión en torno a la gran empresa nacional de retenerla, por lo cual hizo un llamamiento a “pisar fuerte en el Chaco”; sin embargo, la guerra remarcó los evidentes conflictos y contradicciones preexistentes. A esto se sumaba la ajenidad que el Chaco producía respecto del área nuclear de la nación, distante de lo que hubiera implicado una defensa territorial de fuertes lazos históricos, culturales o lingüísticos con los epicentros. La región era vista aún como un reducto de “la barbarie, viviendo en grupos errantes dedicados a la caza y a la pesca” (Francovich 1956: 114), a diferencia de las poblaciones andinas, consideradas valiosas desde un punto de vista institucional, así como cultural y lingüístico.

 El grado de desatención hacia el Chaco era tal que hasta 1931 la laguna Chuquisaca ‒Pitiantuta para el ejército paraguayo‒, única gran fuente de agua permanente en un área muy seca del Chaco central, era desconocida por ambos Estados, ya que esa zona era considerada “tierra de nadie”. Sin embargo, la guerra operó como un aglutinante: Carlos Montenegro (2016: 240) considera que el enfrentamiento con Paraguay por el Chaco dio lugar a la recuperación del “sentido nacional” en Bolivia; René Zavaleta Mercado encuentra el germen de la formación de una “conciencia nacional” (2013: 262) en este conflicto: “Antes no eras patria; lo eres ahora por los muertos, eres la patria de esos muertos” (Zavaleta Mercado en Céspedes 2000: 11), escribe en referencia a los versos de “Terciana muda”, célebre poema de Céspedes que abre *Sangre de mestizos*, “Ahora eres patria, Chaco,/ de los muertos sumidos en tu vientre”. Así, la región es leída como una escisión del cuerpo vivo de la nación, su camposanto; desconoce las culturas preexistentes como parte de aquella patria a la vez que erige el imaginario del “desierto”, lugar común en las guerras de conquista y exterminio en el Cono Sur.

 Por su parte el historiador Juan Luis Hernández (2020), desde una perspectiva de trabajo en torno a los materiales que dan cuenta de la oposición tanto boliviana como paraguaya a la Guerra del Chaco, también reconoce a este episodio como constituyente de una nueva identidad nacional en Bolivia, a pesar de la crítica a los gobiernos de corte oligárquico y su sumisión a los mandatos de los países imperialistas ante quienes respondían. Esa toma de conciencia operaría a largo plazo en la conformación de una nueva “ideología nacional” impulsada en primer lugar por los gobiernos militares y más adelante por el MNR y la intelectualidad afín.

1. **El Chaco en las narrativas bolivianas de la guerra**

En términos de ficción, el Chaco concentra su representación en torno al ciclo literario de la guerra (Siles Salinas 2014): durante la guerra y en los primeros años de posguerra hubo una serie amplia de publicaciones, entre las que destacan *Aluvión de fuego* (1935) de Oscar Cerruto, *Sangre de mestizos. Relatos de la Guerra del Chaco* (1936) de Augusto Céspedes y *La Laguna H3* (1938) de Adolfo Costa du Rels. Varios de los autores cuyas obras conforman este ciclo estuvieron en el frente de guerra y dan cuenta de sus vivencias en clave realista; en todas es elocuente la ausencia del punto de vista, discurso o experiencia de los habitantes ancestrales del Chaco. En cada mención al “indio”, la referencia es el altiplano. Sólo en algún caso emerge la figura del chaquense pero sin cobrar ningún protagonismo, siquiera en las escasas líneas en que es representado; quizás esto explique en parte por qué los dos grandes tópicos del ciclo literario de la Guerra del Chaco son el “desierto” o “infierno verde”, esto es, el paisaje o ámbito natural que conforma el teatro de operaciones, verdadero enemigo al que hay que vencer para sobrevivir, y su correlato, el otro gran tópico: la sed, cuestión que subraya el extrañamiento del ejército boliviano ante el Chaco así como la ausencia de figuras propias de la región en la toma de decisiones o siquiera en roles de mediana importancia. No obstante, aunque la historiografía de la guerra también invisibiliza la participación forzada de los pueblos chaquenses en el conflicto, algunos oficiales supieron sacar buen provecho de su baquía.

 A ese respecto, ya en el siglo XXI dos importantes trabajos del campo de la etnohistoria subrayan el tardío ingreso de la palabra de los pueblos ancestrales del Chaco a las memorias de la guerra. En el prólogo a *Mala guerra. Los indígenas en la guerra del Chaco* (1932-1935), Luc Capdevila, Isabelle Combès y Nicolás Richard señalan la “capacidad retórica” de la producción historiográfica “para hacer desaparecer de la memoria a conjuntos enteros de población” (2008: 18), que las escrituras de la historia muchas veces perpetúan sin ser conscientes siquiera de este ocultamiento. A su vez, señalan que los pueblos indígenas no sólo carecen de archivo propio sino que están borrados de todo archivo ajeno, ya sea militar, de la Cruz Roja o cualquier otra institución que hubiera incursionado en la zona. Su registro forma siempre parte de un paisaje; lejos de articularlos con los acontecimientos bélicos, los homologa a los animales y las plantas. Así, por una parte se proyecta el territorio como “desierto” o “infierno verde” y por otra se construye el imaginario del “salvaje” o las “tribus primitivas” en referencia a sus habitantes.

Hasta los años ochenta, la guerra es una elipsis en las aproximaciones del campo de la etnografía a las culturas del Gran Chaco; es así como se torna un “punto ciego de ese corpus” y acaba por configurar un “silencio fundador” (2008: 34), que refuerza una consideración ahistórica de los pueblos ancestrales precisamente en una etapa en la que estas sociedades se vieron forzadas a una recomposición. Los registros de su presencia sólo atinan a conformar escenas aisladas, como irrupción en un relato mayor cuya perspectiva es siempre occidentalizante: el encuentro con un grupo de pobladores autóctonos, la participación de un personaje que se destaca como colaborador, el reconocimiento del idioma en común entre chiriguanos y paraguayos (2008: 40). La hipótesis que dejan planteada en relación con esta invisibilización apunta a “la imposibilidad de nombrar y de identificar los actores no-nacionales en el marco de un dispositivo que piensa y hace la guerra en nombre de la nación” (2008: 51).

 El ciclo narrativo de la Guerra del Chaco tiene en su centro el conjunto de relatos *Sangre de mestizos* (1936), de Augusto Céspedes. Su cuento “El pozo”, uno de los más recordados de este ciclo, da inicio a *Seis cuentos bolivianos y seis cuentos paraguayos de la guerra del Chaco*, en cuyo prólogo Helio Vera reconoce como constante que:

Estamos nuevamente ante un hecho llamativo en los cuentos que hemos leído: cuando el personaje es un indio, éste carece de nombre. No tiene identidad. O si la tiene, ésta es muy vaga, indecisa, borrosa. Tampoco hay genealogías, ni referencias a lugares, a vecinos o familiares. Es sólo un rostro anónimo entre miles. [...] Apenas se nos ofrece una vaga referencia a su remoto origen andino. (2015: 40)

Sin embargo, el “indio” no alude en ningún caso a los pobladores del Chaco. Lo mismo ocurre en *La Laguna H3*, de Adolfo Costa du Rels: “‒¿Crees tú que alguna vez saldremos de aquí? [...] El hombre, un indio, se detuvo y respiró prolongadamente. ‒Tal vez, sí… tal vez, no…, murmuró en su dialecto aymara” (2009: 62). Si acaso se hace alguna mención a un pueblo del Chaco, como en *Prisionero de guerra*, de Augusto Guzmán, es muy superficial.

Descansamos a la sombra de los árboles, rodeados por varios soldados paraguayos que nos cuentan delicias de la vida de los prisioneros en Asunción, y examinándonos las caras nos clasifican: ‒Este es español, este moreno es lindo, tipo paraguayo. Este otro es indio guaycurú y todos son bolis. (Guzmán 2000: 104).

 En *Repete. Diario de un hombre que fue a la guerra del Chaco*, de Jesús Lara, se pasa ya de la mención a la representación.

No hay en el suelo sediento ni una brizna de hierba, ni hay un tono verde por ningún lado. Todo es gris. Diríase que esto es un osario olvidado de la naturaleza. Por una senda que raya el tuscal se insinúa una pareja de *matacos*. El hombre, con blusa de soldado y con la cabellera hirsuta al viento, cubierto de polvo como los árboles, marcha por delante con paso rápido. La mujer le sigue, vestida con un *tipoe* de tocuyo que le llega a los pies, y sucia como los árboles y como el viento. Cruzan por la senda, silenciosos, mudos como dos sombras, como dos espectros aprisionados por el bosque, sin mirar a ningún lado, y desaparecen en el laberinto de tuscas y algarrobos. (Lara s.f.: 85; subrayados originales)

 La pareja de weenhayek reúne en la representación una serie de recursos que la privan de humanidad: sustraída su palabra, son espejo de ese paisaje mortificante, más próximos a una aparición fantasmática que a dos personas con quienes intentar algún tipo de acercamiento. Por su similitud, aunque con un sentido diverso, este pasaje parece haber sido recreado por Diego Mondaca en su película *Chaco* (2020). Uno de sus hallazgos radica en el uso y recorte lingüístico que propone para el guión, que utiliza el español, el quechua y el aymara como lenguas de intercambio al interior de las tropas bolivianas; no obstante, en el encuentro con los weenhayek no hay entendimiento posible, ya que entre los soldados y los habitantes de la región no existe una lengua franca. A su vez, el subtitulado refuerza este propósito: el diálogo que mantienen entre sí el hombre y la mujer weenhayek no se traduce al español, a diferencia de lo que ocurre con las lenguas andinas. Estos habitantes de la región quedan sesgados tras la frontera lingüística que trasciende la consideración estatal de la época de la guerra. Su relato queda fuera de todo intercambio posible, se desconoce. De modo fiel al efecto de ausencia que plantean las narrativas de la guerra, Mondaca incorpora esta escena del encuentro elidiendo su palabra de toda posibilidad de ser escuchada ‒tanto en aquel presente de la escena como en el presente de audiovisión del público‒, en la decisión de no ofrecer un ingreso posible a esa discursividad (para quienes no pertenezcan, claro, a esa cultura).

La novela que viene a marcar una diferencia con el ciclo de la guerra es *Los tejedores de la noche* (1996), del chaqueño Jesús Urzagasti.[[1]](#footnote-1) La narración vuelve a la guerra del Chaco desde su presente de escritura en los años noventa mediante el encargo que le realiza un director de cine al narrador principal, escritor chaqueño afincado en La Paz. Desde allí, el relato regresa al Chaco en sueños, en recuerdos y en la proyección de espacios y circunstancias que se imaginan como escenas en el guión que se construye, suturando espacios y temporalidades. Tal como había dejado escrito en uno de sus versos más célebres, “Tu historia no es tan triste cuando la relato yo” (de su poema “Alabanza n° 2 al Gran Chaco”), Urzagasti busca liberar a la región donde nació y creció de la omnipresente sobrecarga de la memoria bélica.

En *Los tejedores de la noche*, la guerra entra en elipsis a pesar de estar en el centro de la narración. En la casa del Buen Retiro, un espacio abierto, fresco y placentero que el narrador proyecta para una escena de la película sobre la guerra, se dan cita fantasmática héroes de ambos bandos entremezclados con otros hombres y mujeres anónimos: allí se conversa, se bebe, se descansa, se goza. El imaginario desértico e infernal se desdibuja; en el transcurso de la escritura, el sueño o el recuerdo, el narrador anhela esa tierra a la que siempre está regresando.

 Uno de los contrapuntos que suturan el espacio nacional se da, en el plano espacio-cultural, entre los tejedores andinos y los caminantes chaqueños; el otro, que condensa y desplaza temporalidades y herencias mestizadas, entre sedentarios y caminantes. En la figura de los caminantes ingresa al relato la presencia del Chaco ancestral:

La casa protege de las inclemencias del tiempo y es la guarida del hombre sedentario, lo cual no impide comprobar que el nómada se sirve de la choza o de la mansión para olvidarse momentáneamente de sus andanzas. Pero a la hora de las definiciones, ambos asumen sus auténticas tendencias y no mudan de parecer aunque los amenacen con el diluvio o el fuego eterno. (Urzagasti 2021: 75)

Urzagasti se desmarca de los lineamientos que priorizaron el abordaje literario y social de la guerra para dejar abierta la pregunta por los móviles de la posesión de tierras, la fijación de fronteras y la pulsión apropiacionista.

1. **La voz de las culturas chaquenses en las narrativas de la guerra**

Si bien es notable la ausencia de representación de las culturas chaquenses en el ciclo de la guerra, interesa señalar que esta circunstancia condice con la percepción respecto del Chaco en la construcción del imaginario de identidad de Bolivia, en el que siempre predominaron el Ande, los valles y en menor medida Oriente y el Amazonas. El Chaco, por su situación periférica a los centros de poder y por la dimensión que ocupa en el mapa nacional, quedó relegado también, y con ello las culturas ancestrales que lo habitaron.

 En este sentido, hay una doble problemática que converge sobre esta representación. Por una parte, el recorte genérico que en principio dejaría fuera todo texto no ficcional, tales como el testimonio, la crónica, las memorias, el ensayo o los diarios. No obstante, si consideramos lo que ocurre al estudiar las literaturas agrupadas bajo la categoría de “literatura latinoamericana”, “hispanoamericana” o “iberoamericana” (en distintas partes del continente y fuera de él recibe diversos nombres, aunque reúna un mismo corpus textual) observamos que sí quedan incorporados textos emblemáticos como los que suelen inaugurar esos corpus, como es el caso de los *Diarios* de Colón o las *Cartas de relación* de Hernán Cortés. Refiero esta problemática porque, al aproximarnos a las “literaturas del Chaco”, ya sea el que quedó bajo jurisdicción boliviana, como argentina, paraguaya o brasileña, es fundamental abrir la perspectiva para poder incorporar estas otras textualidades, de igual modo a como ocurre al estudiar las zonas de América tempranamente colonizadas.

 Por otra parte, una cuestión más compleja aún se nos presenta de mano de esa primera problemática: la necesaria consideración de las textualidades producidas por cada una de las culturas que habitaron la región en sus propias lenguas y cortes genéricos. En este caso, nos vamos a encontrar con recorridos previos de distinto alcance: mucho más abundantes van a ser los materiales a disposición, las tipologías y categorizaciones en torno a culturas como la guaraní que, por ejemplo, en torno a los ayoréode o los weenhayek. Mucho más complejo aún es sopesar el recorrido que estas producciones tuvieron en los estudios y la crítica literaria latinoamericanista (Pizarro 1985: 18-19). El enfoque seguía, en aquellos momentos, apegado a metodologías ligadas a la tradición occidental, “ilustrada”: si bien la idea de *sistema*, *imaginario social* o *modos de funcionamiento* puede pensarse para las culturas chaquenses, habrá que considerar sus especificidades y el acceso a herramientas que no son protagónicas en la labor crítica sobre la literatura tradicional, burguesa, letrada, escrituraria.

Estos vacíos que constituyeron problemas para la crítica literaria fueron atendidos, bien que con diversas perspectivas, por otras disciplinas que permiten ampliar el arco de trabajo de la crítica literaria para considerar esas otras textualidades: el testimonio y la entrevista etnográfica, por ejemplo, ofrecen un material insoslayable a la hora de repensar la Guerra del Chaco. Nuevamente, esto nos coloca frente a una disyuntiva: ¿por qué, si admitimos el ingreso de textos no ficcionales al ámbito de la crítica literaria ‒el *non-fiction* propiamente dicho, el periodismo narrativo, la crónica o el mismo testimonio integran desde hace tiempo corpus literarios‒, habríamos de excluir estas mismas textualidades cuando se trata de aportes en lenguas ancestrales de la región? Claro que el trabajo con esta materia exige consideraciones que habiliten una lectura cuidadosa, atenta a sus especificidades. Aportes como los recogidos por Jürgen Riester y Barbara Schuchard en las áreas del Chaco que permanecieron bajo jurisdicción boliviana, o el que recogieron Miguel Chase-Sardi, Hannes Kalisch y Ernesto Unruh en las áreas bajo jurisdicción paraguaya, por mencionar sólo unos pocos, ofrecen una perspectiva fundamental respecto de lo ocurrido en la región entre 1932 y 1935.

 El propósito que se trazó el antropólogo Jürgen Riester al producir *Iyambae – Ser libre. La Guerra del Chaco: 1932-1935*  fue realizar una memoria colectiva del pueblo guaraní-isoseño sobre la Guerra del Chaco, nacida al calor de las conversaciones con Agustín Chiraye y Natalio Barrientos, miembros e “historiadores natos” (Riester 2021: 447) de ese pueblo, quienes entienden que el presente de comienzos del siglo XXI echó raíces profundas en tiempos de la guerra: las muertes, las migraciones forzosas, las violaciones a los derechos humanos, la pérdida de soberanía de sus territorios, el despojo, el genocidio y el etnocidio modificaron para siempre a este pueblo. Riester realizó junto a Elisabeth de Pablo (2005) una serie de entrevistas filmadas a miembros de la comunidad que aún conservaban recuerdos de la guerra. El denominador común en estos testimonios es la percepción de un desmembramiento, ya que buena parte del colectivo permaneció en Paraguay al concluir la guerra, así como la impresión del terror que les causaba la llegada de bolivianos y paraguayos a sus poblaciones, también diezmadas por las enfermedades foráneas. A su vez, ellos se vieron forzados a participar en el conflicto (Bolivia llegó a utilizar su aviación para ametrallar desde el aire a los grupos indígenas que se oponían al reclutamiento) aunque sin uniforme: los isoceños fueron utilizados por el ejército como peones para hacer caminos, espiar al enemigo, abrir sendas o localizar las fuentes de agua. Precisamente entre los relatos destacan aquellos que se asombran por el flagelo de la sed que es, como ya fue mencionado, uno de los tópicos de las literaturas acerca de esta guerra:

‒Que morían de sed, eso me impresionó mucho, hijo, harto me ha impresionado; daba pena, y no saben nada que ahí, nada lejos, quedaba para salir hacia el camino de Santa Fe, y el Veintisiete ya quedaba acá de ellos, si supieran eso, allá nomás, tranquilos iban a salir y los enemigos ya quedaban al otro lado. (Natalio Barrientos en Riester 2021: 549)

Natalio Barrientos era apenas un muchacho cuando su padre, Casiano Barrientos *Iyambae*, fue ajusticiado por el ejército boliviano al regresar al Isoso en 1936, acusado de traición a la patria, luego de haber permanecido como prisionero de guerra en Paraguay (Combès 2005). Casiano había tomado bajo su responsabilidad los esfuerzos por salvar la vida de su pueblo, para lo que el idioma compartido con el Paraguay fue una herramienta importante (los isoceños hablan también guaraní, con las diferencias propias de la diversidad dialectal); este parentesco lingüístico fue blanco de sospechas, y es prueba del complejo mapa identitario del Chaco que entra en contradicción con el imaginario de nación de los años treinta. En el siguiente testimonio de Justo Mandiri también se lee cómo la trampa que significó el abrupto cambio a un orden jurídico estatal impuesto por la guerra, tan distinto del que cada pueblo del Chaco se había otorgado en su organización social, los dejó al borde del etnocidio.

Me llamo Justo Mandiri, soy del Isoso. Nací en una humilde aldea de Aguaraigua, en tiempos de las algarrobas, en la época de los fuertes vientos y el sol quemante, cuando las polvaredas no dejan contemplar el horizonte. Allá desde niño escuché de la gente que contaba del gran cataclismo que hubo. Y decían que los paraguayos hablaban casi la misma lengua que hablamos nosotros. También decían que no sabían los motivos que originaban aquella guerra. Nuestra gente de aquellas épocas no tenía los límites de sus territorios, y por esa razón no sabían lo que es una frontera. Pero cuando entraron los blancos, ellos ya limitaron su territorio hasta donde les pertenece, y de ahí surgió lo que ellos llaman “frontera”. Nuestros ancestros tampoco conocían lo que es la bandera, y todo fue por las costumbres de la gente blanca que en esa época eran desconocidas por nuestra gente. El conflicto se originó por lo que los blancos llaman “frontera”, ya que cada uno de los gobernantes de ambos países quería ampliar su territorio. Mucha gente murió: hombres, mujeres, niños y ancianos. Hay más gente que moría de sed, de enfermedad y con armas de fuego. Todo fue una especie de un gran cataclismo que afectaba a todos. Y aquella gran tragedia hace que en cada pueblo se pierdan muchas cosas, y como consecuencia deja a los pueblos sumidos en la pobreza. (Riester y de Pablo, 2005: 6’-8’20’’)

Tanto en la inscripción de su biografía como en la memoria de esa guerra en el relato de su pueblo se escucha no sólo la clara consciencia respecto de un orden jurídico alternativo sino también otra temporalidad, imposible de abstraer o medir por fuera de la experiencia vital ligada al territorio que se habita como un todo vivo, en convivencia. En ese mismo documental, el Reverendo Miguel Fritz relata el pedido de misioneros que realiza el presidente Saavedra en 1924 a la Propaganda Fide en Roma. Los primeros oblatos llegaron en 1925 a la zona del Pilcomayo: “Hoy sabemos que era una forma de asegurarse esa tierra porque era tierra, digamos, de nadie desde el punto de vista de los no indígenas” (Riester y de Pablo, 2005: 4’27’’-5’58’’). En estas palabras se abroquela la proyección de vacíos: jurisdiccionales, legales, poblacionales. En tanto “tierra de nadie”, justificaba una avanzada de orden colonialista.

*Pequeño Decamerón Nivaclé: literatura oral de una etnia del Chaco paraguayo* (1981), recogido por el antropólogo paraguayo Miguel Chase-Sardi, es uno de los primeros testimonios de un pueblo chaquense sobre la guerra. Allí, el informante Tanuuj hace referencia a la llegada de los padres oblatos:

La Guerra también nos perjudicó mucho. Parcialidades casi enteras tuvieron que abandonar sus tierras. Nosotros tuvimos suerte, mucha suerte, porque los Ele, Padres Oblatos, nos protegieron y pudimos quedarnos en nuestra aldea. Los bolivianos mataron a muchos de los nuestros. Muchos fueron los muertos. Después los paraguayos. [...] Y después de la guerra, vinieron los estancieros, los patrones, y cada uno de ellos dijo que era dueño de la tierra que siempre fue de nuestros ascendientes. Entonces, quedamos ya atados para siempre aquí. No podemos ya movernos. Si el patrón no quiere, no se puede entrar a cazar en la que dice que es su tierra. Y si alguno se anima a entrar, corre el peligro de recibir un balazo. (Chase-Sardi 1983: 22-23)

 Su testimonio pone de manifiesto una misma metodología de expropiación de tierras y recursos, prohibiciones con amenaza de muerte y empatronamiento de clausura como la que aún se observa en el Chaco boliviano. Otro aporte fundamental, también relacionado al actual Chaco paraguayo, es *¡No llores! La historia enlhet de la guerra del Chaco* (2018), en la que Hannes Kalisch y Ernesto Unruh registran, traducen y analizan diversos testimonios de sobrevivientes y familiares, así como la memoria comunitaria de aquel tiempo de terror. Los relatos aquí recogidos, estremecedores, dan lugar a una reflexión posterior en torno a la colonización de la historia de este pueblo mediante la usurpación de su narrativa por parte de dos ámbitos que los fueron cercando: el Estado paraguayo y las colonias menonitas. Los relatos enlhet

[...] molestan, porque desafían el pacto de la reconciliación. […S]acar de la clandestinidad los relatos que hacen al tramo original de la memoria y hacerlos circular nuevamente significa un acto de valor. Es sumamente importante que haya personas que tengan el valor de desafiar el presente con sus relatos, […] recuperar el pasado silenciado y plantearse otro futuro posible […]. Por eso, hablar del pasado es un acto político. (2018: 234-235)

En conclusión, recuperar los frágiles restos de esta memoria acerca la posibilidad de resituar el vínculo con el pasado y el territorio. De otro modo, convertida en olvido, la masacre no habilita el trabajo de duelo que permita reconstruir la pertenencia cultural y comunitaria. Una puesta en común de la experiencia de la guerra de parte de las distintas culturas que habitaron el Chaco y consiguieron sobrevivir a su asedio, ya no como objeto de trabajo desplegado en el papel académico sino *in praesentia* de los pueblos y/o sus representantes, es un trabajo de reparación aún pendiente.

**Bibliografía**

AA. VV. (2015) [2000]. *Seis cuentos bolivianos y seis cuentos paraguayos de la Guerra del Chaco*.

Asunción: Servilibro.

Anderson, B. (1993). *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del*

 *nacionalismo*. México: Fondo de Cultura Económica.

Cerruto, O. (2006) [1935]. *Aluvión de fuego*. La Paz: Plural.

Céspedes, A. (2000) [1936]. *Sangre de mestizos. Relatos de la Guerra del Chaco*. La Paz: Librería

Editorial “Juventud”.

Chase-Sardi, M. (1983) [1981]. Pequeño Decamerón Nivaclé: literatura oral de una etnia del Chaco

paraguayo. *Suplemento Antropológico*, XVIII, (2). 15-252.

Combès, I. (2005). Enrique Iyambae y Casiano Barrientos. En I. Combès. *Etno-historias del Isoso:*

*Chané y chiriguanos en el Chaco boliviano (siglos XVI a XX).* La Paz: Institut français d’études andines. Recuperado de: <https://doi.org/10.4000/books.ifea.4769>

Daona, M. J. (2018). La memoria incesante: *Los tejedores de la noche* de Jesús Urzagasti. *Revell,* 1,

(18). 56-80.

Du Rels, A. (2009) [1938]. *La Laguna H3.* La Paz: Editorial “Los amigos del libro”.

Francovich, G. (1956). *El pensamiento boliviano en el siglo XX.* México: Fondo de Cultura

Económica.

Gómez Silgueira, P. (2011) Los indígenas: los olvidados de la Guerra del Chaco. *ABC*, 12 de junio

de 2011. Recuperado de: <https://www.abc.com.py/articulos/los-indigenas-los-olvidados----de-la-guerra-del-chaco-269866.html>

Guzmán, A. (2000) [1936]. *Prisionero de guerra*. La Paz: Librería Editorial “Juventud”.

Lara, J. (s.f.) [1938]. *Repete. Diario de un hombre que fue a la guerra del Chaco*. La Paz: Librería

 Editorial “G.U.M.”

Hernández, J. L. (2020). *La oposición a la Guerra del Chaco (1928-1935)*. Buenos Aires: Newen

Mapu.

Kalisch, H. y Unruh, E. (eds.) (2018). *¡No llores! La historia enlhet de la guerra del Chaco*. H.

Kalisch (trad.). Asunción & Ya’alve-Saanga: Centro de Artes Visuales/Museo del Barro, Nengvaanemkeskama Nempayvaam Enlhet & ServiLibro.

Molina, E. (2022). *Revolución obrera en Bolivia / 1952. Crisis guerra e insurrección en el corazón*

*de Sudamérica*. Buenos Aires: Ediciones IPS.

Mondaca, D. (2020). *Chaco* [largometraje ficción]. Bolivia & Argentina: La Vanguardia & Filmin.

Montenegro, C. (2016) [1953]. *Nacionalismo y coloniaje. Su expresión histórica en la prensa de*

*Bolivia*. La Paz: Vicepresidencia del Estado Plurinacional de Bolivia.

Pizarro, A. (coord.) (1985). *La literatura latinoamericana como proceso*. Buenos Aires: Centro

Editor de América Latina.

Richard, N. (comp.) (2008) *Mala Guerra: Los indígenas en la Guerra del Chaco (1932-1935)*.

Asunción & Paris: Museo del Barro, ServiLibro & CoLibris.

Riester, J. (2021). *Iyambae* – Ser libre. La Guerra del Chaco: 1932-1935 [2005]. En: *Obra reunida*

(443-662). La Paz: Vicepresidencia del Estado Plurinacional.

Riester, J. y de Pablo, E. (2005). *Iyambae ser libre - La guerra del Chaco 1932-1935*

[largometraje documental]. Santa Cruz: APCOB - Apoyo Para el Campesino Indígena del Oriente Boliviano.

Siles Salinas, J. (2014) [1968]. *La literatura boliviana de la Guerra del Chaco*. La Paz: Rolando

Diez de Medina.

Urzagasti, J. (2021) [1996] *Los tejedores de la noche*. La Paz: Editorial 3600.

Zavaleta Mercado, R. (2013). Lo nacional-popular en Bolivia. *Obra Completa*. Tomo II: Ensayos

1975-1984. La Paz: Plural.

1. Para un análisis en detalle de esta novela, consultar Daona, María José (2018). La memoria incesante: *Los tejedores de la noche* de Jesús Urzagasti. *Revell*, 1, 18, 7-2018, 56-80. [↑](#footnote-ref-1)